

FORD MADDOX FORD

Damas de ojos brillantes

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



UN EXTRAORDINARIO VIAJE EN EL TIEMPO

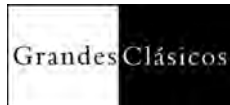
INÉDITO EN ESPAÑOL



Ford Madox Ford

Damas de ojos brillantes

Traducción y postfacio de Belén Quesada Pareja



*Nos deleitan pues las ciudades coronadas de torres
y los bulliciosos lugares frecuentados por los hombres
donde multitudes de valerosos caballeros y barones
con atavíos de paz celebran grandes triunfos
en presencia de damas cuyos ojos brillantes
derraman su encanto y otorgan los galardones.*

L'Allegro, 1631

John Milton

Parte I



El señor Sorrell, recién llegado de Nueva York tras una travesía casi demasiado agradable, estaba acostumbrado a considerarse el típico *Homo sapiens europeus*. Con casi cuarenta años, era bastante apuesto, con el cabello moreno y lustroso. De profesión editor, estaba en la cima del éxito; tenía una complexión vigorosa, un bigote de herradura y la piel rosada y clara. No debía ni un penique a nadie y había cumplido en la guerra. Se solía levantar a las ocho, votaba a los conservadores y le habían dado a entender que en una fecha no muy lejana lo podrían honrar con el título de caballero. De manera que sus ojos, que eran claros y azules, miraban con cierta intimidación, como con una expresión beligerante de estar dispuesto a hacer valer sus derechos y su rectitud. Medía exactamente un metro ochenta y tres centímetros.

Salió al traqueteante pasillo desde el compartimento al que, galante, había acompañado a la señora Lee-Egerton. Quería fumar

un puro y, ahora que ya estaba fuera del barco, reflexionar sobre si no había hecho el ridículo. El vagón oscilaba con fuerza, pues el tren iba a una velocidad desacostumbrada, lo que en realidad complacía al señor Sorrell. Si bien no era responsable de ello, sí que era amigo de su artífice, el señor Makover de Pittsburgh, en Pensilvania. Él mismo había acompañado al caballero de Pensilvania a reunirse con el maquinista. El señor Makover había ofrecido a tan amable ferroviario un billete de cinco libras si conseguía hacerles llegar a la ciudad a tiempo para vestirse, cenar y llegar al teatro Empire antes de que diera comienzo el *ballet*. De ahí que el señor Sorrell se enorgulleciera de la velocidad a la que viajaba el tren.

Se golpeó con violencia el hombro izquierdo contra la ventanilla exterior; le dolió el derecho cuando chocó con una barandilla de cobre de la interior.

—¡Oh, quieto...! —exclamó.

Iba agachándose para mirar en los compartimentos y así encontrar uno en el que poder fumar y, en el preciso momento en que divisó la inmaculada envergadura blanca de la toca de una monja, se sintió proyectado con violencia contra la ventana exterior. Por un momento, fue presa del pánico. Pensó que se había librado por poco de romperla y salir disparado. Exclamó:

—¡Así no vamos bien!

Apoyó los pies con fuerza contra la pared exterior del pasillo. No iba a pasar de ahí. Sacó el puro, cortó el extremo y comenzó a fumar. Echó otro vistazo a la religiosa. Esta le provocaba una curiosidad casi impía. No recordaba haber estado nunca tan cerca de una monja. Resultaba extraño que hubiera una sentada en un tren. Y era aún más extraño que volviera de los Estados Unidos. Uno habría supuesto que en Norteamérica, con sus convenientes leyes de

inmigración, no permitirían el acceso de monjas en su territorio. Creía que el catolicismo había desaparecido.

Pero todavía había un papa. O lo había habido cuatro años atrás. Cuando el señor Sorrell era aún propietario de la *Four-penny Magazine*,¹ se publicó un artículo con ilustraciones sobre un día de trabajo en el Vaticano. Había encargado entonces al editor que intentara conseguirle un artículo escrito por el propio papa, aunque costara un par de cientos de libras.

Así era la vida moderna. Un día un tema parecía ser de enorme importancia y, al cabo de un mes, no tenía el más mínimo interés editorial... ¡Mentes muy sagaces las de hoy en día!

Sin embargo, él iba acorde con los tiempos. Había llegado al acuerdo de pagar a la Theat Publishing Company de Nueva York quince mil dólares por los derechos para Inglaterra de Claffin. El señor Claffin era un piloto que había dado una vuelta completa al mundo con su aeronave, sobrevolando los dos polos, el Norte y el Sur, sin escalas, y sin desviarse más de una milla del paralelo 90... O puede que las líneas que van de norte a sur no fueran los paralelos. La tierra se achataba y estas convergían en los polos. Menos mal que había enciclopedias que preservaban ese tipo de conocimientos. El hombre moderno debía poseer tanta sabiduría que era imposible almacenarlo todo en la cabeza. Aunque se decía que había un tipo de la Edad Media que era conocedor de toda la sapiencia. Sería Shakespeare, seguro. ¡Shakespeare nunca fallaba! Mas quizás Shakespeare no perteneciese a la Edad Media. El señor Sorrell deseó tener más memoria para las fechas. Y, por supuesto, Shakespeare no sabía que Bohemia no tenía salida al mar... En cualquier caso, el señor Sorrell podía estar orgulloso de haber publicado tantas enciclopedias. Eso sí que era un servicio

1. Literalmente: *Revista a cuatro peniques*.

público. Lo iban a nombrar caballero por esa razón. Un individuo fastidioso llamado Bunter, que se dedicaba a escribir memorias lascivas, le había dicho que sus enciclopedias atrofiaban el cerebro del público. ¡Maldita víbora! Eso le serviría de lección. A él nunca lo iban a nombrar caballero. Aunque es verdad que sus libros se vendían. Pero ¿cuándo se ha oído una cosa así? ¡El cerebro del público atrofiado! ¿Qué significa eso?

De cualquier forma, el intrépido señor Claflin había escrito un libro sobre su intrépida gesta, o había encargado que se lo escribieran para que, cuando regresara de Nueva York, ya lo estuviera aguardando allí. Y ahora, lejos del ambiente cautivador de dicha ciudad, el señor Sorrell no podía por menos que preguntarse si no habría pagado demasiado por esa obra. Desde luego, se había dejado la piel en ello. Durante todo el viaje de vuelta desde Nueva York, mientras la señora Lee-Egerton dormía la siesta, él se había dedicado a escribir un folleto de dieciséis páginas sobre el libro de Claflin, en el que las palabras «intrépido aviador» aparecían catorce veces, y no eran las únicas repeticiones. El señor McCrackan se encargaría de eso. El señor McCrackan, tan enjuto, moreno y con el pelo tan brillante, era una persona inestimable. Y salía barato. En ese momento, él solito estaba dirigiendo la compañía Sorrell, Son & Nephew. Por menos de quinientas libras al año. Y era de absoluta confianza. Como un vasallo feudal.

En ese momento, lo que había que hacer era publicar cuanto antes el folleto, el libro, las ilustraciones, las reseñas preliminares y los anuncios. Tendría que poder hacerse en dos semanas. Las planchas americanas del libro ya habían abandonado para entonces la bodega del Eurytonka. Llegarían a Londres esa misma noche y, a la mañana siguiente, se llevarían a la imprenta. Eso suponía siete días para que los reporteros escribieran sus críticas y los comerciales

recibieran encargos de las bibliotecas. Con lo que el señor Sorrell podía prever un emocionante y placentero período de intenso trabajo. Estimó que, si se consagraba con fervoroso brío a la tarea de conseguir publicidad en los diarios de a medio penique, y a ello le sumaba esa dedicación al trabajo en equipo de toda su plantilla, lo que constituye la piedra angular de la industria editorial, bien se podría anotar otro éxito apoteósico y, además, logrado en tiempo récord. Tan solo habían transcurrido tres semanas desde aquel día en que, aún en Londres, había recibido el cable de parte de Theat and Company con el anuncio de que se había hecho con todos los derechos del libro del señor Claflin, quien había llegado el día anterior a Nueva York con sus memorias en la maleta.

El señor Sorrell volvió a agacharse para echar otro vistazo a la monja y se congratuló por el hecho de vivir en la actualidad. Eran tiempos de actividad frenética. No había manera de saber cuántos contratos se podían conseguir en cualquier lapso de tiempo. Incluso se vanagloriaba de sentirse extenuado. Salvo por las escasas horas que había pasado en compañía de la señora Lee-Egerton, no le parecía haber disfrutado de ningún tipo de ocio durante los cinco días que había durado la travesía de Nueva York a Southampton. También estaba muy orgulloso de su profesión. Antiguamente, un editor debía tener en cuenta lo que era la literatura. No resultaba rentable. Los editores se habían visto obligados a tratar con guantes de seda a los autores, para intentar entablar con ellos relaciones de amistad. Ya no era más que un negocio. Había que averiguar lo que el público necesitaba y dárselo. Y el señor Sorrell podía ir con la cabeza bien alta. Él, más que nadie, era quien proporcionaba el tipo de publicaciones del que no podía prescindir un habitante de zona residencial y poseedor de un abono de temporada. En su época, el señor Sorrell había

llegado a hacer cosas muy curiosas con este fin. Sin embargo, sus comienzos habían sido como ingeniero de minas.

Había empezado sin la más remota idea de dedicarse al negocio editorial. Estaba dotado de un notable talento para la mecánica y de un don para los idiomas aún más excepcional. Solía decir que era capaz de aprender en diez minutos cualquier dialecto sudamericano y olvidarlo por completo en otros veinte una vez que no le servía para nada. En su etapa como ingeniero de minas aquello le había resultado de mucha utilidad. En cualquier momento podían enviarlo a inspeccionar una mina, ya fuera en Sudáfrica, en Galtizia o en el Klondike. Y sin tener que depender de las falsedades de los anglosajones o de los semitas, que podían estar intentando venderle a uno una mina, él casi siempre era capaz de obtener rezagos de información de los mineros nativos o de los parroquianos de los bares. De manera que no se había limitado a sus tareas técnicas o de mineralogía. Se había metido por su cuenta en más de un fregado.

Con lo que, cuando su primo, William Sorrell murió, él ya era un experimentado hombre de negocios. Su tío, William Sorrell padre, de la editorial Sorrell & Son, establecida en 1814, le había ofrecido una participación en la dirección de la antigua y augusta casa, si bien el venerable tío Williams conservaría en sus manos el departamento literario.

El señor Sorrell había estudiado la cuestión con detenimiento. Su tío, con unos métodos tan anticuados como los del constructor del Arca de Noé, lograba obtener unos beneficios de entre seis y siete mil libras al año. Como único heredero de su tío, dado que su primo había fallecido, el negocio acabaría recayendo en él. El señor Sorrell aceptó la oferta de su tío. En realidad, solo había tardado cinco minutos en decidirlo. Recordó que el negocio era vetusto

y estaba bastante desatendido. Había innumerables tuercas que apretar e innumerables recortes que llevar a cabo. Probablemente habría que echar a la mitad de la plantilla. El terreno en el que se alzaba la construcción georgiana trasnochada y pretenciosa podría convertirse en una auténtica mina de oro si erigían sobre ella oficinas modernas. Y Sorrell, Son & Nephew podría constituirse en sociedad anónima.

El señor Sorrell se había imaginado que limitaría sus energías a poco más que a relanzar la compañía. En aquel entonces, la industria editorial se le antojaba como algo relacionado con la literatura, algo afeminado. Pero, si daban con el modelo apropiado de libros, serían algo que todo empleado municipal querría tener. El libro adecuado resultaría tan imprescindible como un abono de temporada, un cuello limpio o un aparato de radio.

Al mismo tiempo, el señor Sorrell no era tan ingenuo como para no darse cuenta de lo difícil que iba a resultar modificar las viejas tradiciones editoriales de Sorrell & Son, una compañía que tenía un valor de entre seis y siete mil libras al año, para que se amoldara a publicar lo que podría gustar a los empleados municipales. La sólida reputación de la casa era un activo que el señor Sorrell no quería desdeñar bajo ningún concepto. Había tenido que pensarlo mucho, pero al final había dado con un feliz término medio. Empezó con enciclopedias. Continuó con ediciones baratas de los clásicos que Sorrell & Son había publicado con anterioridad. Al fin y al cabo, ¿acaso no habían editado recios volúmenes en cuarto con los trabajos de exploradores como Speke, Burton, Grant o Livingston? ¿Qué problema podría haber entonces en que publicaran a caballeros como el señor Car K. Claffin? La exploración aérea había sustituido a las desfasadas y agotadoras caminatas de los viajeros de otro tiempo. Todo residía en la propia tradición.

Era la tradición misma. Resultaba incuestionable que había que imprimir el material del señor Claflin en grueso papel satinado para que las reproducciones de sus fotografías tuvieran buena definición. Convenía publicarlo en fascículos quincenales, con el fin de apelar directamente al bolsillo del consumidor de abono de temporada y del habitante de un barrio residencial. Pero en el fuerte seguía ondeando la antigua bandera, y la empresa seguía siendo la empresa, por mucho que, de vez en cuando, el señor Sorrell se exasperara por tanta tradición y deseara haber nacido ciudadano estadounidense. Su anciano tío estaba vivo y coleando en Reading, desde donde insistía en revisar todos los manuscritos que se enviaban a la editorial. Los comentaba con dos primas solteras de edad indeterminada que le llevaban la casa. A pesar de todo, en esos momentos, el señor Sorrell podía estar seguro de haber conseguido el mayor hito editorial conocido desde que los fabricantes de libros empezaran a trasladar sus oficinas de Paternoster Row.

Volvió a escudriñar a la monja. Estaba sentada con absoluta tranquilidad y dominio de sí misma. Se movió un poco en su asiento y, a través de las ventanillas, Sorrell obtuvo una completa panorámica del rostro de la monja. Tenía las mejillas muy sonrosadas, como si pasara mucho tiempo al aire libre, y unos ojos azules más bien severos. Los dientes grandes conferían a su cara un aire de lozanía rústica y algo viril. Miró al señor Sorrell a los ojos como si fuera una próspera comerciante. Él habría esperado descubrir a una persona pálida, sombría, mística. ¡Con todos los indicios de haber padecido en la vida! El puro tiraba bien y, apoyado entre las dos paredes del corredor, el señor Sorrell se sentía, en líneas generales, cómodo. Había llegado a pensar en si no se habría puesto en ridículo con la señora Lee-Egerton, pero, como tenía un cerebro con capacidad para distribuir sus pensamientos en distintos com-

partimentos estancos, estaba decidido a dejar a un lado el asunto hasta que llegara con más claridad al final de su cigarro.

Qué fenomenal lo pasaría si, con todo su conocimiento y sus facultades actuales, lo mandaran a la Edad Media, cuando el mundo estaba lleno de monjas. ¡Qué no sería capaz de hacer con toda esa gente ignorante y supersticiosa! Inventaría para ellos el ferrocarril, el telégrafo, el aeroplano, la radio y sus novedades, la ametralladora y la bomba de gas. ¡Sobre todo la bomba de gas! Sería el hombre más poderoso del mundo: tendría poder, un poder enorme y absoluto. Podría con todo. No habría rey que pudiera hacerle sombra. Ni los muros de ningún castillo ni prisión podrían detenerlo. Sintió en su propio cuerpo un hormigueo, una desazón, una extraña sensación de impaciencia. Como si a su derecha estuviera suspendida una cortina invisible. Si tan solo pudiera verla, apenas tendría que apartarla para acceder a esa región de esclavos incapaces donde sería el amo de sus riquezas y de sus vidas.

Por supuesto, había sido la visión de la monja la que había causado esta cadena de pensamientos. Cuando volvió a mirarla de nuevo, vio que, con una expresión de deleite, estaba comiéndose un bocadillo sacado de una bolsa. El señor Sorrell soltó una carcajada. Le parecía tan absurdo que una monja comiera bocadillos como que viajara en el expreso de Southampton a Londres. Nunca se le había ocurrido pensar ni que las monjas tuvieran que alimentarse ni que tuvieran que viajar. Más bien se las había imaginado ingiriendo mirra e hisopo, bebiendo lágrimas de aflicción y deslizándose con sus almidonadas faldas negras muy cerca del suelo, pero sin llegar a tocarlo. Esto era algo que el señor Sorrell solía hacer en un sueño recurrente que compartía con el resto de la humanidad. La monja se sacudió las migas del amplio canesú de lino sobre el pecho. Sintió la mirada del señor Sorrell y frunció

ligeramente el ceño al pensar que la había visto mientras comía, por lo que se movió hacia el otro rincón del compartimento vacío. El señor Sorrell no volvió a verla. Como si aquello fuera una señal para volver a reflexionar sobre si había hecho el ridículo, el señor Sorrell introdujo la mano derecha en el profundo bolsillo de su úlster gris y sacó un alhajero de piel en cuya tapa algo abombada se leían las iniciales L. E. grabadas en letras doradas de estilo gótico alemán.

2

Estaba engordando. Deseó entonces haber pasado más tiempo durante el viaje en el caballo mecánico y con los sacos de boxeo del gimnasio, y menos junto a la señora Lee-Egerton en la cubierta al sol. Lamentaba pensar que pronto tendría que despedirse de su excelente forma física. En sus tiempos había sido un hombre fuerte y de vista aguda. No es que estuviera todo perdido, pero podía desaparecer si no estaba atento. Como oficial de enlace de la caballería de Allenby, había cabalgado bajo el tórrido sol todo tipo de animales, desde un camello hasta un semental árabe de pura sangre, y así había alcanzado la mejor forma física que un hombre puede llegar a tener. En el torneo militar organizado para celebrar la rendición de Jerusalén, había quedado muy arriba en la clasificación del juego de las cabezas y en las competiciones por equipos de destrezas ecuestres con armas. ¡Muy arriba! Era capaz de hacer casi todo lo que se puede hacer a lomos de un caballo a todo galope... Y